

## FUNERAL DE MADRE CATALINA

(Almendralejo, 15 de septiembre de 2025)

Queridos sacerdotes concelebrantes, queridos hermanos y hermanas, particularmente vosotras, queridas hermanas Clarisas de Almendralejo y de Marchena, Madre Susana y demás hermanas, querida Madre Federal, Sr. Alcalde, querida familia de nuestra hermana Catalina, sobre todo vosotros hermanos de la difunta: Juani, Eli, Esperanza, Inés y Diego, que hoy perdéis a vuestra segunda madre: ¡El Señor os dé la paz!.

Sí, hoy pedimos que el Señor dé la paz para nuestros corazones y esa serenidad que en medio del dolor por una pérdida tan significativa nos da la fe y la certeza de que nuestra hermana Catalina vive en Dios.

Ella, que vivió para Dios y que vivió en Dios, estamos seguros de que Dios no la ha abandonado a la muerte y que hoy le ha dicho, como un día dijo al “buen ladrón”: “hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lc 23, 43). El amor de Jesús se desborda en el momento de la Cruz con aquellos que la comparten, como la compartió la hermana Catalina a lo largo de su enfermedad.

Hoy damos cristiana sepultura a una hermana que ha que sabido armonizar en su vida la vocación de Marta y María. La de Marta sirviendo a sus hermanas de este monasterio durante 16 años en los distintos oficios que le fueron confiados, y siempre con alegría, amor fraternal y con profundo espíritu de servicio, como lo hace una verdadera hermana y madre. De este modo, hizo realidad el himno a la caridad que acabamos de escuchar y que ella misma eligió para este momento (1Cor 13, 1-13). La de María, llevando una vida de contemplación, como lo exige la vida de una verdadera hermana clarisa. En cuanto tal se ha mirado en el *espejo*, Cristo Jesús, como lo pide la madre santa Clara, para ir transformándose en espejo para las demás, especialmente para las hermanas de su comunidad y para cuantas personas acudían a ella para recibir sabios consejos. De este modo se ha convertido en *faro* para muchos que navegaban en alta mar, con el peligro de perderse entre el oleaje; en *antorcha* que iluminó la noche oscura de tantas personas; y en *centinela* que señalaba siempre el día, aún en medio de las tinieblas.

Entre los muchos ejemplos que nos deja es su amor a la Eucaristía y su aceptación serena de la hermana muerte corporal, como la llama San Francisco de Asís.

Amor a la Eucaristía, pasando horas ante Jesús Sacramentado y poniendo en marcha la adoración eucarística permanente que caracteriza la misión de las hermanas de este monasterio y que encontró tan buena acogida entre los cristianos de estas comunidades parroquiales de Almendralejo. Era de la Eucaristía de donde sacaba la fuerza para seguir adelante, sobre todo en los últimos tiempos. También en esto fue una fiel hija de Santa Clara.

Por otra parte, nos deja el ejemplo de la aceptación serena de la muerte. Desde que le diagnosticaron el cáncer que la acompañó hasta la muerte, ella se puso en manos de Dios y solía repetir: “Hágase, aquí estoy”. Abandono confiado en manos del Padre de las misericordias. Y a medida que se acercaba el día del tránsito glorioso (eso es la muerte para quien entregó su vida al Señor y solo desea estar con él) solía repetir: “Señor, llévame. Me voy”. Y lo decía sin miedo a que llegase el momento.

La cultura actual quiere acallar a la muerte, expulsarla de la escena de los vivos, sentirla extraña del mundo de las relaciones sociales, porque en el fondo quiere abolir todo límite a su deseo de onnipotencia. Una sociedad profundamente narcisista como la nuestra, hace todo lo posible para remover la memoria de los límites, particularmente los límites marcados por la muerte con su poder de aniquilar todos los deseos del hombre de “ser como Dios”. En este intento, sin embargo, se olvida que en su irreductibilidad, la muerte puede convertirse en revelación, abrirnos una espiral del sentido de la vida y, sobre todo, ayudar al hombre a salir de la banalidad y de la mediocridad en las que, muy a menudo, se encierra. Y es que, como dice un autor moderno (E. Jungel), “cuando el hombre quiere comprenderse a sí mismo, tiene que preguntarse sobre la muerte”. Querer ocultar la muerte, nos hace correr el riesgo de la deshumanización de la cultura y de la sociedad.

El ejemplo de la Hermana Catalina nos invita a superar pues, el miedo a la muerte y la tentación de ocultarla, siempre por miedo. Los cristianos en esto, como en otros muchos aspectos de la vida, tenemos una palabra que decir. Y es que en el corazón de nuestra fe se encuentra la muerte del Señor y su resurrección, por eso tenemos una responsabilidad, una diaconía (servicio) que prestar en este momento preciso en que estamos viviendo: la de tener viva la memoria de la muerte entre los hombres. No por cinismo, no por gusto de lo macabro, no porque despreciamos la vida, sino precisamente para dar peso y sentido profundo a la vida. De hecho, solo quien tiene un motivo para morir, tendrá un motivo para vivir. Y solo quien aprende a perder, a aceptar los límites de la propia existencia y de la existencia de los demás, puede hacerse *amiga* de la misma muerte, es más: solo estos pueden llamarla *hermana* y recibirla cantando, como hizo san Francisco de Asís.

La muerte de Jesús nos enseña a morir y a vivir. A la luz de la muerte de Jesús, nuestra muerte, de hecho, ya no se presenta como un destino trágico del hombre, sino como el acontecimiento culminante de la vida. Jesús, porque vivió amando, murió por amor: *Nos amó hasta el extremo de dar su vida por nosotros* (cf. *Jn 13, 1*). Porque vivió amando a todos, sin distinción alguna, murió amando a todos. El amor y solo el amor explican la vida y la muerte de Jesús. Él sabe que la muerte no solo el final del camino, sino el cumplimiento: “Todo se ha cumplido” (*Jn 19, 30*), podrá decir desde la cruz. Murió como vivió: amando. El amor y solo el amor durante nuestra vida dará sentido a la nuestra muerte.

Desde el ejemplo de la muerte de Jesús podemos entender que los cristianos estemos llamados a vivir en un modo pacífico y sereno la muerte, como la vivió la hermana Catalina. Desde la fe en el Dio de vivos –nuestro Dios es “el Dios de vivos y no

de muertos" (*Mt 21, 32*), el cristiano puede aceptar la muerte como "hermana" (San Francisco de Asís). El Dios que nos ha llamado a la vida, nos llama a sí mismo a través de la muerte.

Dejemos resonar en nuestros corazones palabras como estas: "Yo soy la resurrección y la vida... El que muera vivirá para siempre. El que venga a mí no lo echaré fuera" (*Jn 11, 25-26*). Con estas palabras, el Señor nos recuerda que la muerte, queridos hermanos y hermanas, no tiene la última palabra, sino que todos estamos llamados a una vida resucitada con Él. Dios nos ama profundamente y nos ha creado para la vida, no para la muerte. Y la vida que nos espera es la vida en Dios: donde todo llega a su plenitud y todo queda transformado. La última palabra la tiene Dios mismo y su amor, ese amor que, a través de la muerte nos introduce en la vida eterna.

Al Dios de la vida encomendamos a nuestra hermana Catalina. Y con confianza le pedimos: "Acoge Señor esta vida en tus brazos abiertos de Padre. No la dejes perder en el camino. Dale descanso y alegría en la paz". Te acompañen en este viaje a la Casa del Padre Francisco y Clara, tus padres carismáticos. *Fiat, fiat, amen, amen.*